

Francesc Abel, jesuita en la frontera

Juan Masiá Clavel, s.j.

Jesuita. Profesor de Ética en la Universidad de Sophia (Tokio). Consejero de la Asociación de Bioética de Japón.

masiaster@gmail.com

Resum

Francesc Abel asistió al nacimiento de la bioética en Estados Unidos y fundó posteriormente el Institut Borja de Bioètica con el objetivo de promover el diálogo interdisciplinario en las cuestiones relacionadas con la bioética. Abel, como buen jesuita formado en los Ejercicios espirituales, tenía la misión de hacer dialogar la ciencia y la ética en la frontera. Optó por una religiosidad abierta, para cooperar a través del diálogo a la construcción de valores en una sociedad plural y democrática.

Palabras clave

Francesc Abel, jesuita en la frontera, diálogo interdisciplinario, eutanasia, aborto

Abstract

Francesc Abel witnessed the birth of bioethics in the United States and later he founded the Institut Borja de Bioètica with the thought of promoting the interdisciplinary talks in those matters related to bioethics. Dr Abel, as a good Jesuit educated in Spiritual Exercises, had the mission of getting science and ethics to talk at the border. He opted for an open religiosity, in order to cooperate through talks in the construction of values in a plural and democratic society.

Keywords

Francesc Abel, border Jesuit, interdisciplinary talks, euthanasia, abortion

En la madrugada de año nuevo, pasó el P. Abel, a sus 78 años de edad, a la vida después de la vida. La gratitud por su legado científico y humano desbordaba, en la memoria funeral, la tristeza de despedir al maestro y amigo. Lo testimoniaba, en las necrológicas de los días siguientes, el recuerdo de quienes compartieron con él, como colegas o discípulos, su trayectoria por los caminos de la medicina, humanidades, bioética, moral y teología. Sumar nuestras voces al homenaje que se le rinde en plena encrucijada interdisciplinaria es, para sus hermanos jesuitas, deber y placer privilegiado.

Si la sobriedad de un obituario no impusiera comedimiento, prologaría estas líneas imaginando el recibimiento del P. Abel en la vida definitiva con el saludo de otro jesuita en la frontera: “Benvingut, Francesc”, le diría el P. Javier Gafo, que entró diez años antes en el eterno descanso. Justamente en el homenaje póstumo al bioeticista castellano, evocaba el jesuita catalán el primer encuentro de ambos en el escolasticado de Sant Cugat. Eran los años de efervescencia postconciliar y apertura al diálogo sobre *Grenzfrage*: cuestiones fronterizas. Estudiantes de primero y segundo de teología respectivamente, tenían en común estos dos jesuitas la formación científica en biología y medicina junto con la preocupación ética. La Compañía, por su parte, les preparaba para un futuro destino de especialización en moral teológica, de cuya renovación en nuestro país serían referencia notable en el último cuarto del siglo.

En aquellos días aún se vestía sotana, pero el paseo por los tránsitos espa-

ciosos del claustro requería abrigarse con el balandrán. Meteorológicamente helado, el diciembre del 65 fue teológicamente caliente, por el frente de aires cálidos que soplaban desde Roma trayendo la energía renovadora del Concilio Vaticano II. El P. Cuyás les había impactado con la cita recién estrenada de la Constitución *Gaudium et spes* (n. 36) sobre el valor de las realidades terrestres y la legítima autonomía de la ciencia. Tomarla en serio casaba difícilmente con la moral teológica desfasada, cuya renovación se venía exigiendo desde hacía más de un siglo. Los moralistas de aquella década se veían obligados a bailar en la cuerda floja entre asentir y disentir ante las tomas de posición eclesíasticas en cuestiones de ética de la vida.

Francesc Abel, bien formado en obstetricia con el profesor Víctor Conill Serra, y avalado por la experiencia hos-

El P. Pedro Arrupe, superior general de los Jesuitas, le animaría especialmente para ser pionero en bioética

pitalaria, sintonizaría con la propuesta de puente y diálogo que propugnaban Potter y Hellegers entre tecnociencia y valores humanos. Más tarde, el P. Pedro Arrupe, Superior General de los jesuitas, le animaría especialmente para ser pionero en bioética. Otro jesuita igualmente fronterizo, el entonces obispo de Milán, Carlo M. Martini,

le apoyaría para estar en la vanguardia ética con la misma apertura y rigor que él desplegaba en la exegética y hermenéutica bíblica.

Durante sus estudios de doctorado en EE. UU., en fisiología fetal, bajo la dirección del profesor André Hellegers (1970-1975), tiene Abel la oportunidad de convivir de cerca con los inicios de la Bioética en el Kennedy Institute of Ethics (Georgetown University), como diálogo entre las ciencias y las humanidades. Reiterando en retrospectiva, a comienzos de este siglo, la visión con que fundó en 1976 el Instituto Borja de Bioética, planteaba su perspectiva así: “Las dos últimas décadas del siglo XX fueron testigos del entusiasmo generado por los medios científicos, debidamente magnificados por los medios de comunicación social, con motivo de haberse conseguido la secuenciación del genoma humano y por las posibilidades de la medicina regenerativa... Nunca había tenido el ser humano tanto poder para transformar el mundo y a sí mismo como en estos momentos... Hoy, más que nunca, tenemos la obligación de pensar el modelo de sociedad que queremos al hacer nuestras opciones éticas... Proyectados hacia un futuro mucho más rápidamente de lo que podríamos desear, percibimos que solo la elección de valores plenamente humanos puede asegurar la supervivencia de la humanidad en un proceso ascendente hacia la plena realización de sí misma. A esto aspira la ciencia, como la filosofía personalista y la teología”.¹

Francesc Abel, jesuita formado en los Ejercicios espirituales, estaba preparado para estar en las fronteras como espacios de diálogo interactivo de transformación mutua: entre ciencia y ética, entre curar y cuidar, entre fidelidad y creatividad, en el seno de lo confesional, y entre laicidad y espiritualidad, en la sociedad pluralista.

La pedagogía espiritual de Ignacio de Loyola invita desde el “Presupuesto” de los Ejercicios a sustituir la crispación por el diálogo, “salvando la proposición del prójimo” (Ej. n. 22); a contrarrestar el olvido de los propios fallos con el reconocimiento que fomenta el examen (Ej. n. 43), lo que la filosofía hermenéutica llamaría con Gadamer el “arte de poder no tener razón”; a pasar del encerramiento aislado en sí mismo a la alteridad del “paso por el otro” en el acompañamiento de consejo y ayuda (Ej. n. 17); y a corregirse mutuamente el pasado y el futuro: previendo que al buen tiem-

mático, sino del que conjuga lucidez y cordialidad. Si el corazón no confirma la deliberación lúcida, ésta se convierte en cálculo interesado o ideología autojustificadora. Si el examen no controla las opciones cordiales, éstas llevan al fanatismo bajo capa de utopía. Lucidez y cordialidad, pensadas y discernidas, son dos rasgos claves de los Ejercicios ignacianos: analizar y sentir, empírica y mística; “examinar” con objetividad y “confirmar” desde la interioridad. A quien hizo una opción movido desde dentro (“consolación sin causa precedente”), se le recomienda que examine los extravíos

Francesc Abel, jesuita formado en los Ejercicios espirituales, estaba preparado para estar en las fronteras con espacios de diálogo interactivo de transformación mutua: entre ciencia y ética...

po sucederá el nublado y anticipando en los momentos desolados el estado de ánimo positivo que sobrevendrá después, dando el rodeo que recomendará la fenomenología de Husserl del “paso por el tiempo” para salir de la perspectiva estrecha del presente (Ej. n. 316-324).

Con esa impronta marcó Francesc Abel la orientación del Instituto Borja de Bioética. No iba a ser una institución clericalizada, de un pensamiento único clonador de encíclicas. Ni tampoco, en el extremo opuesto, un caballo de Troya anticlerical infiltrado en teología. El Instituto articularía la autonomía científico-filosófica y jurídico-ética con la aportación -propuesta sin imposición- de perspectivas de religiosidad. Para el P. Abel, este talante era fruto de una exigencia científica, una convicción ética y un aprendizaje de espiritualidad ignaciana. No de un Ignacio racional, voluntarista y prag-

de su propio espíritu (Ej. n. 336). En cambio, a quien llegó a una opción tras sopesar prudentemente pros y contras, se le recomienda que espere receptivamente la confirmación de su elección desde la interioridad iluminada (Ej. 183).

En el XVI Seminario sobre Dilemas éticos de la Medicina actual (Alcalá de Henares, 2002), presentó Abel el origen y evolución de los comités de bioética asistencial, cuyo proceso en nuestro país había impulsado desde los comienzos -en el Hospital de San Juan de Dios, en 1976-, mostrando una praxis bien respaldada por la teoría: la tradición aristotélica de la fronesis y la herencia ignaciana del discernimiento espiritual, rasgos que matizan aspectos de una bioética europea por contraste con la burocratización exagerada de la deliberación en otras latitudes. Como se proponía en un editorial de *Bioética & debat*² y reco-

gió en el colofón de su libro *Bioética: orígenes, presente y futuro*,³ al insistir en conjugar el diálogo entre medicina y filosofía con el de la biomedicina y el derecho, “la bioética que pasa a ser biopolítica y bioderecho debe dar todavía un paso más y convertirse en proceso de decisión ética dentro de una democracia deliberativa”, así como dar más lugar a la espiritualidad, para “evitar que el hombre se convierta en esclavo de la técnica, en lugar de ser el señor que la dirija hacia un mundo saludable y habitable, haciendo posible la pervivencia de la humanidad a lo largo de todo el tercer milenio”.

En 1982, convocó en Sant Cugat a más de quince jesuitas con dedicación académica y científica, junto con un grupo de médicos, juristas y especialistas de ciencias humanas, para plantear las cuestiones básicas a seleccionar para estudios interdisciplinarios de común interés para biólogos, filósofos y teólogos. Era la puesta en marcha de un foco de reflexión dentro del recién fundado International Study Group on Bioethics, que lideró Abel de 1980 a 1994. Los frutos de la prolongación de estas reflexiones en los años siguientes, en el marco de la Federación Internacional de Universidades Católicas (FIUC), cuajaron en obras como *La vida humana. Origen y desarrollo*, 1989, publicada simultáneamente en traducción castellana, inglesa y francesa.⁴

Se adelantaban estas reflexiones en una década a la fundación de la Academia Vaticana de la Vida (1992), que no siempre seguiría en los años siguientes esta línea decididamente dialogante. Ya por las fechas en que se inicia la tarea de cooperación transdisciplinar en el marco de la FIUC, empezaba a dificultarse el diálogo intraeclesial, con el ascenso a la cúpula eclesiástica de tendencias involucionistas con relación a la década inmediatamente postconciliar. Fruncían el entrece-

jo algunas figuras eclesiásticas sesgadamente neoconservadoras, pero el apoyo, entre otros, de los Cardenales Martini y Jubany amparaba la tarea del P. Abel, que pudo esquivar sin rasguños las amenazas inquisitoriales mejor que otros de sus compañeros y discípulos seguidores de la reforma eclesial del Vaticano II. En la segunda etapa de este grupo internacional de investigación, la generación que se preparaba para tomar el relevo se vería en la necesidad de hacer más equilibrios en la cuerda floja a la hora de tener en cuenta las orientaciones del magisterio eclesiástico. La instrucción de la Congregación para la Doctrina de la Fe, *Donum vitae* (1987), la encíclica de Juan Pablo II, *Evangelium vitae* (1995), y las conclusiones anuales de

sino a “sentir en” la iglesia y “sentirse iglesia” cuando, precisamente para bien de la misma iglesia, hubiera que “disentir dentro de” la iglesia. Podía hacerlo así con tranquilidad al cuestionar algunos aspectos de los citados documentos eclesiásticos, a la vez que se amparaba en otros textos del mismo magisterio tan positivos y dialogantes como la carta de Juan Pablo II al director del Observatorio Vaticano, George V. Coyne (1988), que citaba a menudo en sus ponencias.

Ya el Papa Pablo VI, en los días inmediatamente postconciliares, había dado a los jesuitas el encargo misional de estar presentes en las encrucijadas de cuestiones fronterizas, para salir al encuentro de los desafíos del mundo

Abel pedía para la teología un lugar en que sumarse al diálogo de ciencia y ética, proponiendo sin imponer, respetando la autonomía de la ciencia y escuchando, sin privilegiarla ni excluirla, la voz desde las perspectivas religiosas

la Academia Vaticana de la Vida (desde 1992), aunque animaban a fomentar el diálogo con la ciencia y su integración con los valores de respeto a la vida y a la dignidad humana, cerraban el camino a la pluralidad de respuestas y delimitaban tajantemente el ámbito de las determinaciones indiscutibles. Abiertos en los principios y premisas mayores, estos documentos romanos eran más estrechos en sus conclusiones, por déficit precisamente de diálogo interdisciplinar y atención al dato experiencial en sus premisas menores.

El jesuita Abel, formado en la escuela de los Ejercicios espirituales ignacianos, estaba preparado para hacer ciencia y ética en la frontera. Había aprendido a no “disentir de” la iglesia,

de hoy a la fe cristiana. A las mismas encrucijadas los enviaba también el Papa Benedicto XVI en su discurso a la Congregación General 35 (21-II-2008), citando palabras de Pablo VI de la CG 32 (3-XII-1974): les invitaban a estar “en las encrucijadas de las ideologías, en las trincheras sociales, donde ha habido o hay confrontación entre las exigencias urgentes humanas y el mensaje cristiano”.

Abel pedía para la teología un lugar en que sumarse al diálogo de ciencia y ética, proponiendo sin imponer, respetando la autonomía de la ciencia y escuchando, sin privilegiarla ni excluirla, la voz desde las perspectivas religiosas. Para hacer posible ese debate, el papel de moderador de la mesa redonda co-



Francesc Abel durante un acto institucional en 2005.

rresponde a la filosofía. Hay que resaltar la importancia de esta mediación para nuestro bioeticista. La mediación de la filosofía en la construcción de la bioética⁵ es el título del libro en que edita el fruto de las conversaciones convocadas en Miraflores de la Sierra en abril de 1991 para debatir las cuestiones bioéticas justamente en la encrucijada fronteriza del discurso científico y el teológico, donde, a juicio de Abel, “las mayores dificultades siempre han sido de antropología filosófica, tanto a nivel de forma como de fondo”.

Hay que añadir que, en el campo médico, siempre estuvo en contacto con los profesionales, los pacientes y sus necesidades, y en los últimos 35 años vinculado al Hospital de Sant Joan de Déu, de Barcelona, en el que había fundado el primer Comité de Ética Asistencial y dirigido el Servicio de Orientación y Planificación Familiar. Hay que men-

cionar también su postura en la frontera entre investigación y clínica, entre la reflexión y el cuidado, así como entre ética teórica y cuidado pastoral o consejo y relación de ayuda. Los frutos de esta cooperación entre la reflexión bioética interdisciplinar y la experiencia práctica del cuidado hospitalario se reflejan en los estudios publicados por la Fundación Juan Ciudad.⁶

Sobre la frontera, antes aludida, entre laicidad y religiosidad, hay que destacar que en el foro de debate del Instituto se ha facilitado a personas creyentes y no creyentes un terreno común en el que debatir, compartir y discrepar razonada y razonablemente sobre los problemas éticos de la biomedicina, haciendo posible converger en una ética de mínimos, que no excluye aportaciones desde las éticas de máximos, aunque sin dejarse condicionar por ellas. A la hora de construir una bioética crítica y plural en la socie-

dad democrática, se da la bienvenida a las tradiciones religiosas en los diálogos interdisciplinares de bioética, para que sumen sus perspectivas al coro de participantes en la búsqueda en común de valores morales y criterios de juicio y decisión. Aprendimos con Abel que el modo de insertarse dicha participación en la búsqueda social del bien común y la justicia puede acompañar procesos de deliberación ética que preparan, en contextos de pluralidad de pareceres, la toma de decisiones prudentes y responsables ante situaciones de conflicto ético. Pero dicha participación religiosa en el debate ético debería compaginar el respeto a la autonomía ética con la aportación de las tradiciones de espiritualidad.

Como ejemplo de esta articulación de la autonomía científico-ética y jurídico-ética con la aportación de perspectivas religiosas, destacan los informes elaborados por el Instituto sobre dos

cuestiones verdaderamente delicadas y fronterizas: "Hacia una posible despenalización de la eutanasia" (2005) y "Consideraciones sobre el embrión humano" (2009). Ambos estudios son una muestra de cómo una ética de mínimos, abierta y dialogante en contexto de pluralismo y laicidad, puede ser compatible con la participación de las perspectivas religiosas en el diálogo. No siempre le fue fácil al P. Abel man-

miento asumiendo los cuestionamientos planteados por la tecnociencia. Una "religiosidad abierta" puede cooperar dialogalmente a la construcción de valores mediante el debate ético en la sociedad plural y democrática. Así es posible que un Instituto de Bioética pueda estar en la frontera, sin ceder a ninguno de los dos extremos: la profesionalidad cerrada o la antirreligiosidad beligerante.

se afrontan los retos de la actualidad al pensamiento y a las creencias. El original francés invitaba literalmente a "affronter les risques". En la versión del documento al latín para su presentación a la Santa Sede, la frase se convirtió en "ad vitanda pericula": para evitar peligros. No son dos posturas de extrema izquierda o derecha, sino dos sensibilidades diferentes dentro del centro: quienes optan por arriesgarse prudentemente y quienes dan prioridad a evitar posibles peligros. Hay que agradecer al P. Abel que se arriesgó y nos enseñó a arriesgarnos a la hora de pensar, dialogar y elegir, tres claves de la deliberación bioética.

Una «religiosidad abierta» puede cooperar dialogalmente en la construcción de valores mediante el debate ético en la sociedad plural y democrática

tenerse en esa posición, sobre todo cuando se trataba de tocar temas delicados como el aborto o la eutanasia. En estos dos documentos se ponía en práctica el ejercicio del diálogo bioético, buscando la interacción e integración de diversos puntos de vista, y se asumía que, en una sociedad plural sin código ético único, se pueden dar respuestas distintas, e incluso opuestas, a cuestiones delicadas en torno al principio y fin de la vida humana; merece la pena el esfuerzo por reflexionar en común para buscar respuestas razonablemente aceptables por la mayoría de la sociedad. Las religiones se pueden sumar al movimiento bioético de diálogo interdisciplinar colaborando en la búsqueda de valores sin imposición de normas y proponiendo criterios sin imponer recetas. Al acoger los desafíos de la bioética, las religiones que hoy dialogan entre sí pueden recibir ayuda para revisar críticamente su tradición. Asimismo, el desafío de la bioética puede estimular las religiones a reconstruir sus paradigmas de pensa-

Quedaría incompleta esta semblanza a grandes rasgos del P. Abel y su obras, si no aludiéramos, a la conjugación en él del seny, buen humor y optimismo evangélico con el rigor científico y la seriedad académica. Valga, pues, la licencia, de acudir al anecdotario como epílogo. En el café de sobremesa de un congreso de bioética y teología, coinciden un médico y un psicólogo con el jesuita catalán. Comentan lo delicado que es bailar en la cuerda floja entre fidelidad y creatividad, entre constatar pruebas e imaginar hipótesis, entre precaución y riesgo. Pero Abel no quiere que temas tensos interfieran con la digestión y cuenta una anécdota vaticana. "Esto me recuerda lo que le decía, con cierto miedo, Pablo VI al P. Arrupe: 'Sigán los jesuitas en primera línea afrontando riesgos, pero eviten pasarse al enemigo'. Y, a la salida de la entrevista, el P. Arrupe interpretaba para sus compañeros con optimismo y esperanza: 'Nos ha dicho el Papa que llevemos cuidado de no pasarnos al enemigo, pero que no dejemos de estar en primera línea afrontando riesgos'. ¡Lo que va de un antes a un después del pero!'".

El episodio refleja dos talentos que contrastan entre sí en el centro de las tendencias teológicas al tratar las cuestiones bioéticas: la audacia y la precaución. En un documento emblemático de la Congregación General 32 de los jesuitas (Doc. 4, n. 67), se exhortaba a estar en la frontera donde

Notas y referencias bibliográficas:

1. Abel F. Genética: un triple reto: antropológico, ético y teológico. En: Libro de Ponencias: II Congreso Internacional de bioética y manipulación genética. Bogotá: Universidad Militar Nueva Granada; 2002. p. 1-38.
2. Institut Borja de Bioètica. Bioètica y democracia deliberativa. Bioètica & Debat. 1997; 3(10): 2.
3. Abel F. Bioètica, orígenes, presente y futuro. Madrid: Mapfre/Institut Borja de Bioètica; 2001.
4. Abel F, Bone E, Harvey JC, editors. La vida humana: origen y desarrollo. Reflexiones bioéticas de científicos y moralistas. Madrid: Universidad Pontificia Comillas / Institut Borja de Bioètica; 1989.
5. Abel F, Cañón C, editores. La mediación de la filosofía en la construcción de la bioética. Madrid: Universidad Pontificia Comillas/ Federación Internacional de Universidades Católicas; 1993.
6. Ver por ejemplo: Comisión Interprovincial de la Orden Hospitalaria San Juan de Dios. Personas con discapacidad intelectual. Manual de Educación afectivo-sexual. Madrid: Fundación Juan Ciudad; 2007.